

mira habia enviado al Emperador una diputacion de tres grandes de España, y en seguida al infante don Carlos, su hermano. Rogaba que le permitiese espresar su pesar por no haber recibido todavia respuesta alguna de S. M. I.; y su pesar, decia, era tanto mas vivo, quanto el jeneral Savary le habia preguntado si su advenimiento al trono ocasionaria alguna mudanza en las relaciones amigables de entrambos paises, y que le habia contestado en los mismos términos de que se habia servido siempre en sus cartas. Con la propia confianza habia aceptado voluntariamente la invitacion de salir al encuentro de S. M. I. para anticiparse el placer de conocerlo personalmente. Concluia suplicando al Emperador le sacase del penoso estado en que le habia sumido su silencio, y asegurándole que una respuesta favorable de su parte, disiparia sin duda alguna todos los temores que no podia menos de orijinar entre sus súbditos una incertidumbre por tanto tiempo prolongada.

Savary se encargó de poner esta carta en manos del Emperador, que aquel mismo dia habia llegado á Bayona. Al despedirse de Fernando le reiteró sus protestas, ordinarias y al propio tiempo dejó las órdenes secretas que creyó oportunas para impedir el regreso á Madrid, ó que tomase el príncipe otro camino que el de Bayona. En la época de la llegada de Savary á Madrid dos personas, Macanaz y Vallejo, gozaban de la amistad y de la confianza de Fernando y de Escoiquiz. Pe-

netraron estos las intenciones del Emperador frances y de su cóрте con respecto á Fernando , y preveyeron la procsimidad de la borrasca que por todas partes le amenazaba. En su virtud escribieron á Vitoria , y advirtieron á sus amigos que se preparasen á sufrir los mayores infortunios , y la ruina total del partido que habian abrazado.

A tan funestos augurios uniéronse otros de mayor importancia en tan críticas circunstancias. Don Mariano Luis de Urquijo (1), ministro de negocios estranjeros bajo el gobierno del príncipe de la Paz , y que despues habia sido perseguido por

(1) Don Mariano Luis de Urquijo era nativo de Castilla, y habíase educado en Inglaterra, por la que conservó siempre suma aficion. De vuelta de sus viajes fue elevado al ministerio en 1798, y no tardó en dar á conocer la marcha política que intentaba seguir. Puso trabas á la inquisicion; y sus inmensos bienes debian contribuir á crear establecimientos de utilidad pública. Los fanáticos alzaron su voz contra Urquijo; y algunas agudezas intempestivas le privaron de la proteccion de don Manuel Godoy, y fue encerrado en un castillo por espacio de dos años, y despues desterrado. Urquijo fue secretario de Estado en tiempo del rey José Bonaparte, y le siguió á Francia, donde permaneció durante la restauracion de Fernando. A sus grandes talentos, á sus profundos y variados conocimientos, unia un arrojito á toda prueba y suma sencillez en sus modales. Murió en Paris en 1817. Algunos segundos antes de espirar dijo á su criado. „Vas á ver como muere un hombre.“

el favorito y desterrado á la provincia de Guipúzcoa, supo con pesar durante su corta permanencia en Vitoria, la ilusion en que vivia el rey y sus consejeros sobre la suerte que les esperaba. En una larga conferencia que tuvo á este propósito con el duque del Infantado, Escoiquiz y algunos otros personajes que disfrutaban de la confianza del monarca, pintó con viveza los peligros de la falsa posicion en que se habian colocado. Urquijo estaba muy versado en la política estranjera, y no participaba del optimismo político de los demas españoles. Llamó principalmente su atencion sobre la manera conque el Monitor habia dado cuenta del levantamiento de Aranjuez, y sostuvo que el lenguaje de este periódico oficial indicaba claramente los designios del Emperador. La intencion de Napoleon, decia, desde 1805 era arrebatár el centro hispano de manos de la dinastia actual, como incompatible con la estabilidad de su poder. Añadió que tales proyectos esplicaban la ocupacion de la Península por las tropas francesas, y que no dudaba que en el sitio mismo en que se encontraba, allí, en la ciudad de Vitoria, el rey y los que le acompañaban debian considerarse prisioneros, y que estando los puntos de parada ocupados por las tropas y las personas que las mandaban, no dejaban duda alguna sobre el asunto. Urquijo discutió en seguida cual podia ser el objeto del viaje de Fernando: preguntó como era posible tolerar semejante atentado público contra su dignidad,

y permitir que le condujesen á un reino extranjero, no solo sin las formalidades de costumbre, sino tambien sin haber sido reconocido por rey de España.

Los consejeros de Fernando replicaron que el viaje no tenia mas objeto que satisfacer la ambicion de Napoleon con algunas concesiones mercantiles y territoriales. Si el Emperador abrigaba intenciones hostiles, la guerra seria eterna entre ambas naciones, porque la España podia levantar en los Pirineos formidables fortificaciones y mantener siempre sobre las armas ciento y cincuenta mil hombres. Facilmente destruyó Urquijo ideas tan quiméricas, y sus observaciones causaron una impresion mas profunda en el duque del Infantado que en las demas personas; así es que espresó con señales de abatimiento su sorpresa de que cómo era posible creer que un héroe tal como Napoleon fuese capaz de eclipsar su nombre con un acto de perfidia. En respuesta Urquijo le dijo que abriendo las obras de Plutarco encontraria que todos los héroes de Grecia y de Roma habian adquirido su gloria pasando por encima de miles de cadáveres; que no debia ponerse en elvido cuántos reyes habia destronado Carlos V, y la violencia que habia empleado contra los monarcas que cayeron en su poder, lo que no habia impedido sin embargo que se le prodigase el título de héroe. Los españoles, continuó, han tratado del mismo modo á los indios, á los emperadores y reyes; y lo que en aque-

Los tiempos se habia hecho bajo el pretesto de religion, podia repetirse ahora por motivos de politica. La historia de España abunda en ejemplos de reyes asesinados por los usurpadores de su trono: y muchas dinastías de Europa deben su orijen á iguales acontecimientos. Bajo cualquier punto de vista que considerase las circunstancias presentes, preveia la procsimidad de una crisis terrible , que probablemente destronaria para siempre la familia real de Iberia.

El diestro político pasó en seguida á otro objeto que en el momento actual merecia la mas profunda atencion; á saber, la abdicacion de Carlos IV en Aranjuez, abdicacion que debia mirarse como nula é ilegal, tanto mas cuanto se habia verificado en medio de la agitacion y del desórden de un levantamiento popular. Citó el ejemplo de las abdicaciones de Carlos V y de Felipe V, verificadas reinando la mas completa tranquilidad, y manifestó en seguida el temor de que Bayona no fuese el teatro de las quejas del padre contra el hijo, y que resultase de ellas la pérdida del cetro de sus antepasados para ambos.

A tan sólidos y convincentes argumentos, los que habian aconsejado el viaje juzgaban responder de una manera victoriosa diciendo que si Napoleon cometia semejantes atropellos, la Europa entera y la misma Francia se levantarían simultáneamente contra el tirano, y que España podria hacerse formidable al usurpador uniéndose á Inglaterra.

Urquijo respondió á tales objeciones manifestando que la Europa estaba pobre y sin medios para emprender nuevas guerras, y que las diferentes naciones se hallaban separadas unas de otras por las miras ambiciosas y aisladas de sus monarcas. La oposicion de los gabinetes del continente á los proyectos de Napoleon no habian producido hasta entonces sino planes mal combinados y vergonzosas derrotas, resultado necesario del aumento de poder del enemigo comun. Unicamente el Austria se hallaba en estado de oponerse á las empresas de Bonaparte sobre España; mas esta potencia no significaba mucho en comparacion de la Rusia y de los estados de Alemania que parecian estrechamente ligados con la Francia, y resueltos á ausiliarla en todos sus proyectos y á seguir enteramente la conducta que se dignase prescribirles. Demostró en seguida que no debia esperarse cosa alguna de los franceses, nacion entusiasta por la novedad y la gloria, y cuyo espíritu público depende enteramente del impulso que recibe del gobierno. Mediaba por otra parte el interés de los franceses de que ambas diademas perteneciesen á dos soberanos de la misma familia á causa de las mútuas ventajas que las dos potencias reportarian para su comercio. Habíanse arraigado en Francia nuevos intereses ya consolidados, y enteramente opuestos á la dinastía de los Borbones. La jeneracion actual debia contemplar con regocijo la caida de la rama española de esta casa, y así venia á ser á cada pun-

to mas probable que un miembro de la familia imperial la sucediese en el trono.

En cuanto á los medios con que contaba España para sostener una guerra con la Francia, Urquijo observó que la nacion española habia desgraciadamente dejado de ecsistir desde Carlos V, porque carecia de un cuerpo representativo para discutir y coordinar los intereses comunes. Debia considerarse la península como un edificio gótico formado de partes incoherentes y heterojéneas, tales por ejemplo, como los derechos, los privilegios, las leyes y las costumbres de diversas provincias. No tenia espíritu público; y el gobierno no contaba con bastante solidez, ni fuerza. La agitacion y el levantamiento del pueblo debian ser de corta duracion; y los desórdenes de las provincias producirian los mas funestos resultados en las colonias españolas, porque el gabinete de Saint-James se aprovecharía de las desgracias de España para separar de la metrópoli sus posesiones de Ultramar. En fin Urquijo concluyó proponiendo se le enviase de embajador á Napoleon para procurar poner fin con la menor desventaja posible á las negociaciones, cuyo principio habia sido tan mal dirigido. Insistió principalmente en la necesidad en que se hallaba el monarca de escaparse de Vitoria, aunque fuese disfrazado, y se obligaba á proporcionar los medios de ejecutarlo. Estaba, decia, persuadido que si Napoleon veia á Fernando en libertad, se encontraria precisado á mudar de política y á con-

sentir en medidas ausiliadoras y definitivas.

Sus esfuerzos fueron infructuosos porque los cortesanos que cercaban á Fernando no quisieron escuchar sus consejos tan esactos como prudentes. Solo aguardaban para continuar el viaje la respuesta de Napoleon á la carta de que habia sido portador el general Savary. El artificioso diplomático no la hizo esperar largo tiempo, y puso en manos de Fernando la siguiente carta que debe colocarse entre los documentos mas importantes de la historia moderna; por esta razon la copiamos á la letra.

«Hermano mio. he recibido la carta de V. A. R.: ya se habrá convencido V. A. por los papeles que habrá visto del rey su padre, del interés que siempre le he manifestado: V. A. me permitirá que en las circunstancias actuales le hable con franqueza y lealtad. Yo esperaba, en llegando á Madrid, inclinar á mi augusto amigo á que hiciese en sus dominios algunas reformas necesarias, y que diese alguna satisfaccion á la opinion pública. La separacion del principe de la Paz me parecia una cosa precisa para su felicidad y la de sus vasallos. Los sucesos del Norte han retardado mi viaje: las ocurrencias de Aranjuez han sobrevenido. No me constituyo juez de lo que ha sucedido, ni de la conducta del principe de la Paz; pero lo que sé muy bien es que es muy peligroso para los reyes acostumar sus pueblos á derramar la sangre haciéndose justicia por sí mismos. Ruego á Dios que V. A. no lo esperimente un dia. No seria confor-

me al interés de la España que se persiguiese á un príncipe que se ha casado con una princesa de la familia real, y que tanto tiempo ha gobernado el reino. Ya no tiene mas amigos : V. A. no los tendrá tampoco si algun dia llega á ser desgraciado. Los pueblos se vengán gustosos de los respetos que nos tributan. Ademas, ¿cómo se podria formar causa al príncipe de la Paz sin hacerla tambien al rey y á la reina vuestros padres? Esta causa fomentaría el odio y las pasiones sediciosas ; el resultado seria funesto para vuestra corona. V. A. R. no tiene á ella otros derechos sino los que su madre le ha transmitido : si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos. No preste V. A. oídos á consejos débiles y pérfidos. No tiene V. A. derecho para juzgar al príncipe de la Paz ; sus delitos, si se le imputan, desaparecen en los derechos del trono. Muchas veces he manifestado mi deseo de que se separase de los negocios al príncipe de la Paz: sino he hecho mas instancias ha sido por un efecto de mi amistad por el rey Carlos, apartando la vista de las flaquezas de su afeccion. ¡Oh miserable humanidad! Debilidad y error, tal es nuestra divisa. Mas todo esto se puede conciliar : que el príncipe de la Paz sea desterrado de España, y yo le ofrezco un asilo en Francia.

En cuanto á la abdicacion de Carlos IV., ella ha tenido efecto en el momento en que mis éjércitos ocupaban á España, y á los ojos de la Europa y de la posteridad podría parecer que yo he envia-

do todas esas tropas con el solo objeto de derribar del trono á mi aliado y mi amigo. Como soberano vecino debo enterarme de lo ocurrido antes de reconocer esta abdicacion. Lo digo á V. A. R., á los españoles, al universo entero; si la abdicacion del rey Cárlos es espontánea, y no ha sido forzado á ella por la insurreccion y motin sucedido en Aranjuez, yo no tengo dificultad en admitirla, y en reconocer á V. A. R. como rey de España. Deseo pues conferenciar con V. A. R. sobre este particular.

La circunspeccion que de un mes á esta parte he guardado en este asunto, debe convencer á V. A. del apoyo que hallará en mí, si jamás sucediese que facciones de cualquiera especie viniesen á inquietarle en su trono. Cuando el rey Cárlos me participó los sucesos del mes de octubre prócsimo pasado, me causaron el mayor sentimiento, y me lisonjeo de haber contribuido por mis instancias al buen écsito del asunto del Escorial. V. A. no está esento de faltas: basta para prueba la carta que me escribió, y que siempre he querido olvidar. Siendo rey sabrá cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extranjero es criminal. El matrimonio de una princesa francesa con V. A. R. le juzgo conforme á los intereses de mis pueblos, y sobre todo como una circunstancia que me uniria con nuevos vínculos á una casa, á quien no tengo sino motivos de alabar desde que subí al

trono. V. A. R. debe recelarse de las consecuencias de las emociones populares: se podrá cometer algun asesinato sobre mis soldados esparcidos; pero no conducirán sino á la ruina de España. He visto con sentimiento que se han hecho circular en Madrid unas cartas del capitan general de Cataluña, y que se ha procurado ecsasperar los ánimos. V. A. R. conoce todo lo interior de mi corazón: observará que me hallo combatido por varias ideas que necesitan fijarse; pero puede estar seguro de que en todo caso me conduciré con su persona del mismo modo que lo he hecho con el rey su padre. Esté V. A. persuadido de mi deseo de conciliarlo todo, y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimacion. Con lo que ruego á Dios os tenga, hermano mio, en su santa y digna guarda. En Bayona 16 de abril de 1808. =Napoleon."

Si la mas estraña ilusion no hubiese cegado á Fernando y á sus consejeros, la anterior carta debió bastar para desengañarlos y demostrarles el error en que se habian precipitado. Considerando el caracter de Napoleon, recordando que sus tropas ocupaban la mayor parte de España, y que su interés estribaba en derrocar de los tronos de Europa á cuantos príncipes llevaban el nombre de Borbon, era facil conocer que la carta equivalia á un manifesto contra Fernando. Las dudas y las oscilaciones que en ella manifestaba eran evidentemente los precursores del golpe decisivo que queria descargar

sobre la casa reinante, para el engrandecimiento de una familia que habia dado ya tan ajigantados pasos hácia el poder ilustrado. Fernando sin embargo insistió en su acuerdo, y léjos de preveer las funestas consecuencias de su error escribió á su tio y á la junta participándoles que estaba muy satisfecho de la conducta del Emperador por lo tocante á su persona.

Tambien escribió desde Vitoria á Napoleon anunciándole que habia recibido la carta que S. M. I. se habia dignado enviarle por conducto de Savary, y espresando la confianza que le inspiraba y el deseo que tenia de convencer al Emperador de que la abdicacion del rey su padre habia sido enteramente voluntaria, y que por lo mismo habia resuelto seguir el comenzado camino hasta Bayona. Añadia que estaba á punto de salir de la ciudad para llegar dentro de tres dias á Marac donde residia entonces S. M. I.

Los habitantes de Vitoria veian acercarse la partida con general disgusto, y empleaban todos los medios posibles para estorbarla. Llevados de su entusiasmo llegaron á cortar los tirantes de las mulas preparadas para el coche de Fernando: muchos vecinos, los mas respetables y los mas influyentes de la provincia ofrecieron á todo trance y en varios proyectos sus servicios para proporcionar la fuga del rey, no obstante la extrema vijilancia de las tropas francesas y los movimientos sospechosos que habian verificado los tres dias anteriores. Fer-

nando desde el coche arengó al pueblo en la plaza de Vitoria, asegurándole que por su propio impulso iba á ver á su amigo el Emperador de los franceses, porque tenia razones muy poderosas para fiarse de su sinceridad y de su proteccion, y que no tardaria en regresar á Vitoria despues de haber terminado completamente, y de una manera satisfactoria los negocios pertenecientes á su reino. En seguida salió de Vitoria (1) con toda su servidumbre y tomó el camino de Francia.

El mismo dia llegó á Irun y se alojó á alguna distancia del pueblo en una casa que pertenecia á uno de los hombres mas distinguidos de la provincia. Aun allí se renovaron los ruegos para disuadirle de su entrada en Francia, y proporcionarle repetidos proyectos para fugarse con la mas perfecta seguridad. El dueño de la casa ofreció poner en pocas horas á Fernando á bordo de un barco en la bahía de san Sebastian, y muchas personas del vecindario, que mantenian relaciones en Bayona, aumentaron los temores que generalmente se habian concebido, con numerosos detalles mas ó menos alarmantes, sobre los preparativos militares que se observaban en la frontera y en toda Francia, sobre las intenciones de Napoleon y sobre los rumores á que daban margen semejantes circunstancias. Añadieron aun otras consideraciones propias para

(1) 19 de abril.

justificar las medidas que adoptase Fernando por mas violentas que fuesen para sustraerse de una catástrofe de que se hallaba advertido por hechos tan numerosos y tan convincentes. Mas Fernando permanecia incesorable en su resolucion , y para que Napoleon no pudiese sospechar que se habia alejado, escribióle el 19 desde Irun, previniéndole que saldría de allí á las ocho horas de la siguiente mañana para trasladarse á Marac , residencia del Emperador frances , con el objeto de tener la satisfaccion de conocer á S. M. I. , si se dignaba concederle su permiso.

Fernando , acompañado de una comitiva poco numerosa , entró el 20 en Bayona , siendo luego visitado por Napoleon. Esta entrevista que duró breves minutos , se gastó enteramente en cumplimientos sin pronunciar una sola palabra que tuviese analogía con los asuntos políticos. Cuando el Emperador se hubo retirado , llegó el jeneral Duroc , y en nombre de su amo convidó á Fernando á comer en Marac. No hubo en la comida cosa alguna notable sino su corta duracion ; y habiendo partido Fernando al alojamiento que se le habia preparado, presentóse algunos instantes despues el jeneral Savary , anunciando en nombre del Emperador que la dinastía de los Borbones habia cesado de reinar en España ; que debia ser reemplazada por la familia de Napoleon Bonaparte , y que en consecuencia Fernando habia de renunciar por sí y por todos los príncipes de su familia á la corona de Es-

paña en favor de S. M. I., al tenor de las condiciones de un tratado que debia celebrarse para estipular las compensaciones y demas arreglos que eran necesarios en una medida de tanta importancia.

Fernando permaneció por espacio de algunos minutos sin fuerza para responder: tanta fue la sorpresa que le causó comunicacion tan inesperada. Cuando consiguió recobrar su ánimo, respondió gravemente y con dignidad que veia á las claras la situacion en que se encontraba y la violencia empleada con su persona; y que apesar del respeto que le inspiraban los deseos del Emperador, y cualquiera que fuese su resolucion por lo tocante á sus derechos personales, no podia disponer de los de los otros príncipes de su familia, y que por lo mismo le era imposible aceptar semejante proposicion.

Napoleon, que todavia no estaba en el caso de descargar el golpe decisivo, recurrió á la seducion y á las negociaciones. Despues de haber prodigado las mas brillantes promesas á todos los españoles de distincion que residian actualmente en Bayona, ordenó á Champagny, su ministro de negocios extranjeros, que entablase conferencias sobre el asunto con don Pedro Ceballos (1), mi-

(1) Don Pedro Ceballos nació en Santander en 1764, y se consagró desde muy temprano á la carrera diplomática; Godoy para atraerlo á sus miras,

nistro de estado español. No contento con esto, asistió en persona á la conferencia; y viendo que Ceballos insistia con firmeza en la negativa, alegando por razon no solo su afecto á la familia actualmente reinante, sino tambien su amor á la pátria, Napoleon le dijo que debia sacrificar al último de estos sentimientos el primero, que solo dependia de un afecto personal. Aseguró que sus intenciones eran hacer la felicidad de España,

lo casó con una prima suya. Ejerció el cargo de ministro de Estado; mas el príncipe de la Paz le ocultó cuidadosamente sus negociaciones secretas con Napoleon. Cuando Savary llegó á Madrid para persuadir á Fernando su viaje á Bayona, Ceballos se opuso con enerjía: y durante las conferencias en aquella ciudad desplegó una fuerza de carácter y un talento que le hicieron notable á los ojos mismos de Napoleon. Para librarse de la especie de cautiverio en que se veia envuelto, hizo parte del ministerio formado por el rey José; pero á su llegada á Madrid rompió el disimulo, se separó de los negocios y se retiró á su provincia, dando á luz en 1808 una memoria titulada: „Manifiesto de los medios empleados por el Emperador Napoleon para usurpar la corona de España.” Napoleon se irritó hasta tal punto que le mandó declarar traidor á ambas coronas. Durante la guerra de la Península llenó con buen éxito distintas comisiones diplomáticas. Fernando en tiempo de la restauracion le volvió á su servicio, y en seguida le desterró á Santander, y por fin le confió la Embajada de Viena en 1817.

dándole instituciones semejantes á las de los demas paises ilustrados, y arrancando el jérmén de los males que la consumian; que todos los hombres sabios y despreocupados habian de aplaudir tal medida, y que Ceballos debia por lo mismo ausiliar con toda su influencia el pacífico cumplimiento de tan extraordinario cambio político, á fin de que ningun obstáculo se opusiese al venturoso destino que aguardaba á una nacion tan digna de ocupar un rango importante en la jerarquía europea.

Escoiquiz, que habia conocido aunque tarde lo aéreo de sus esperanzas, intentó reparar los desastres que su terquedad habia causado. Consiguió una entrevista con Champagny, y procuró probarle que el Emperador eclipsaria su gloria destronando á un príncipe que con tan ciega confianza había venido á arrojarse en sus brazos. Continuó diciendo que entraba en los intereses de la Francia que Fernando reinase en España; que el resultado necesario seria una estrecha alianza entre ambas córtés; y que este seria un golpe mortal para la política de Inglaterra. Apoyó sus argumentos en los peligros que correrian las tropas francesas en España, si la nacion justamente irritada se levantaba en fin para vengar á su monarca, y para sacudir un yugo extranjero que intentaban imponerle por la fuerza de las armas y violando todas las leyes respetadas por el jénero humano.

La única respuesta que dió Champagny al vehementemente discurso del canónigo de Toledo, fue co-

municarle una nueva proposicion que estaba autorizado para presentarle de parte de S. M. I. Reduciase esta en sustancia, á dar á Fernando el trono de Etruria, cuya sucesion se arreglaria por la ley sálica. Garantizaba la integridad del territorio español bajo el gobierno de Napoleon, y concedia á Fernando en matrimonio una princesa de la familia imperial. Sino aceptaba las proposiciones enunciadas, quedaba Fernando condenado á no recibir indemnidad alguna por el trono de España, perdido irrevocablemente para los Borbones.

Quedó Escoiquiz muy satisfecho del nuevo jiro que se daba á la negociacion; mas no pensaron del mismo modo los demas consejeros de Fernando. Y como Champagny ecsijía una pronta respuesta de Fernando, autorizó á don Pedro Labrador para que tratase tan delicado negocio con el ministro. Labrador recibió por escrito las instrucciones á que debia arreglar su conducta: en primer lugar habia de preguntar si el rey era libre de volver á sus estados; y si la respuesta fuese negativa, debia declarar nulo y sin efecto cuanto sucediese en Bayona. Estaba autorizado para declarar que el rey habia resuelto no acceder á los deseos del Emperador, y que los españoles no podian ser obligados por potencia alguna estrangera á reconocer otra dinastía, ni privados del derecho que les asistía de elejir monarca en una nueva familia en el caso de extinguirse la rama reinante. Por fin, las instrucciones determinaban que el rey.

no podia aceptar la corona de Etruria porque pertenecia de derecho á otro príncipe , y que si el Emperador habia recurrido á medios violentos, el rey confiaba en la divina providencia.

Entonces Champagny presentó al emperador una relacion circunstanciada de los asuntos de España. Principiaba afirmando que este pais se veia amenazado por la mas horrorosa anarquía , á causa de las maniobras del gobierno ingles : observaba que pertenecia al Emperador el salvar la España del largo catálogo de males que iban á caer sobre el pais, sentando en el trono á un príncipe de su familia. De todos los estados de Europa ninguno estaba tan íntimamente unido con la Francia como la Península: odios sangrientos habian reinado entre ambas naciones, hasta tanto que Luis XIV reunió entrambos tronos con los lazos de la sangre. La revolucion francesa habia roto tales nudos , y desde este suceso el gabinete hispano habia obrado con suma perfidia uniéndose en secreto con la Inglaterra, apesar de sus amigables relaciones con la Francia , al menos en la apariencia. El momento habia llegado de dar á esta potencia límites fijos y seguros á la otra parte de los Pirineos. El ministro descendia despues á describir circunstanciadamente el estado interior de España , ecsaminando los males que la aflijan , la decadencia de su marina , el desórden de su hacienda y la enormidad de la deuda pública , y sostenia que no era posible remediar tan numerosos y tan complicados

males sino adoptando medidas violentas y vigorosas. Recordaba al Emperador, que su objeto principal era la guerra con la Inglaterra, porque este gabinete se negaba á toda especie de vias conciliadoras, y porque continuaria obrando del mismo modo mientras pudiese sostener la guerra. España, proseguía, cuenta con muchos recursos marítimos que en este momento están perdidos para los franceses, y es necesario restablecerlos con la ayuda de un buen gobierno, acrecentarlos con una organizacion juiciosa y dirigirlos contra el enemigo comun. Los mismos intereses reunirán las dos familias reinantes en Francia y en España, y de otro modo la que empuñase el cetro en la Península seria siempre la enemiga secreta del gobierno de las Tullerias. Si la política ecsije una medida grande y decisiva, la justicia autoriza al propio tiempo esa misma medida. El comercio frances ha experimentado toda clase de vejaciones por parte de las aduanas españolas (1), y las circunstancias en que se encuentra el Emperador no le permiten guardar neutralidad en los negocios del pais. El rey de España ha sido derribado de su trono, y al Emperador pertenece decidir entre el padre y el hijo. No es posible dejar á Fernan-

(1) Mr. Champagny se queja de la conducta de algunos aduaneros españoles. ¡Frívolo pretesto para una guerra tan larga y tan desastrosa!

do sentado en el solio hispano sin esponerle al mismo tiempo al pesado yugo de la Gran Bretaña , y tampoco se conseguirá poner otra vez la corona en las sienes de Carlos IV sin inundar de copiosa sangre el desventurado reino. Finalmente , despues de otras muchas observaciones conque cimentó las anunciadas opiniones , concluyó el ministro , advirtiéndole al Emperador que velase sobre la seguridad de sus Estados , y sustrajese la Península de la influencia de los ingleses.

Champagny en sus conferencias con Labrador no faltó nunca á los principios contenidos en su memoria anterior , y como el plenipotenciario español no salia de la letra en sus instrucciones , las negociaciones fueron infructuosas , y no tardó en verificarse su rompimiento.

Los consejeros de Fernando preveyeron que era necesario salir prontamente de tan funesta crisis ; y Napoleon por el contrario , como igualmente sus ministros , procedian con una lentitud calculada adivinando en cuanto era posible la marcha de los acontecimientos. Aguardábase la llegada del rey y de la reina , de quienes necesitaba Napoleon para ejecutar sus proyectos , y de aquí dimanaba la causa de la variedad de su conducta. Fernando debia temerlo todo de las disposiciones que contra su persona habian manifestado , y esto le daba un doble pie para salir de tanta incertidumbre. Bajo este concepto Ceballos escribió á Champagny el 28 de abril , anunciándole que el rey habia resuelto re-

gresar á España á fin de calmar los temores de sus súbditos : y rogó al ministro frances que participase su resolucion al Emperador, añadiendo que el rey de vuelta á sus Estados no cesaria de ocuparse de las proposiciones que se le habian hecho sobre los puntos en cuestion.

El Emperador no dió respuesta alguna, y los ministros de Fernando conocieron abiertamente que Napoleon habia tomado su acuerdo, y que ninguna atencion prestaria á las promesas que habian arrastrado al monarca á emprender el funesto viaje. Desde aquel punto el alojamiento de Fernando se convirtió en un teatro de turbacion y de tribulaciones; continuamente se veian entrar y salir en la casa españoles de alta dignidad, que se interesaban en la causa de su rey, y que deseaban vivamente poder libertar su persona del no dudoso cautiverio en que comenzaba á jemir por la impericia de sus cortesanos. Unos referian noticias mas ó menos alarmantes; otros proponian planes, en los que no siempre consultaban la prudencia; y muchos espías, que pasaban por personas seguras y adictas á la causa de España, rodeaban sin cesar al rey y á sus consejeros. Una guardia importante se habia colocado inmediata á su alojamiento. El rey manifestó en estas circunstancias un caracter firme y determinado, que todavía se aumentó con las noticias que recibió de la Península de que la nacion comenzaba á cansarse de los franceses y á manifestar el odio que les profesaba. Para aprovechar

tan dichosa coyuntura quiso enviar á Madrid dos correos con despachos para el infante D. Antonio y para la junta; mas las autoridades de Bayona se opusieron á su salida (Apéndice número 8). Ceballos pidió esplicaciones sobre tan estraña conducta; y le respondieron que el Emperador no reconocia mas rey de España que Cárlos IV; y así que Ceballos como ministro de Fernando no debia autorizar pasaportes en su nombre, y que en cuanto á las cartas de que debian ser portadores los correos estraordinarios, se habian confiado á la direccion general de correos para que llegasen con seguridad á su destino.

Pasáronse algunos dias en tanto que acontecian los sucesos referidos; y el rey Cárlos y la reina llegaron á Bayona el 30 de abril. Habíales precedido un breve espacio de tiempo el príncipe de la Paz, escoltado por tropas francesas, y casi restablecido de las heridas que habia recibido en Aranjuez. Cárlos IV y María Luisa habian escrito desde Aranda á Napoleon en los términos de la mas íntima y confiada amistad. Al instante que hubieron fijado la planta en Bayona aseguráronle boca á boca los sentimientos que los animaban, y concertaron con el Emperador de los franceses el plan de conducta que habian de observar todos con Fernando. En su consecuencia en la primer entrevista que tuvo con su hijo, Cárlos le mandó en un tono decidido y perentorio que renunciase en su favor todos los derechos que creyese tener á la diadema espa-

ñola en virtud de las actas de 19 de marzo. Fernando respondió respetuosamente que le era imposible en aquel momento tomar un acuerdo definitivo; pero que se aconsejaria de las personas que le habian dado pruebas de afecto, y se apresuraria á dar la respuesta por escrito.

En efecto, Fernando al dia siguiente envió á su padre una carta, en la que despues de algunas observaciones generales para justificar su proceder, le decia que estaba dispuesto á cederle la corona con las condiciones siguientes: Que Cárlos IV regresaria á Madrid, donde Fernando le acompañaria con el mas profundo respeto: Que serian convocadas las cortes en aquel punto, ó en su lugar los tribunales y los diputados del reino: Que la renuncia de Fernando al trono se comunicaria oficialmente á la asamblea: Que Cárlos IV no volveria á España acompañado de las personas que se habian atraído el odio de la nacion: Que en el caso que S. M. rehusase regresar á la Península Fernando gobernaria el pais en nombre suyo: y que si tales condiciones quedaban aceptadas, Fernando se mostraria á los españoles diciéndoles que preferia su tranquilidad y los intereses de sus súbditos á la gloria de gobernarlos.

Cárlos IV y María Luisa comunicaron al punto estas cartas al Emperador, rogándole por su parte que se dignase dictar la respuesta que debian dar á su hijo. No aguardó Napoleon que se lo pidiesen segunda vez; y determinado á descargar el

último golpe contra la dinastía de los Borbones que reinaba á la otra parte de los Pirineos, y teniendo á su disposicion quanto necesitaba para ejecutar proyecto tan importante, creyó que no debia disimular por mas tiempo. Por otra parte poseia la certidumbre de que el rey y la reina no opondrian obstáculo alguno al destronamiento de su familia del solio hispano; y sabia que Maria Luisa no alimentaba deseos de volver á ver un pais en el que su favorito era el objeto del odio jeneral. Cárlos IV, abrumado por los años, los padecimientos físicos y las turbulencias de su reinado, no debia mirar como un gran sacrificio el abandono de un cetro que habia llenado su vida entera de amargura. Amás, la antigua córte y cuantos habian permanecido adictos á Cárlos IV y á su esposa, verian con placer el trono ocupado por un príncipe extranjero, como medio el mas seguro de alejar para siempre á Fernando, objeto de su inextinguible odio.

El Emperador envió al rey y á la reina la minuta de la respuesta á la carta de su hijo. Cárlos IV la mandó traducir en el acto, y habiéndola firmado, la remitió á Fernando. Su contenido era el siguiente (1).

(1) Esta carta, escrita por Napoleon para servir á sus miras, se encuentra en el *Monitor* y en todas las colecciones de piezas oficiales de aquella época.

»Hijo mio : los consejos p^{er}fidos de los hombres que os rodean han conducido la España á una situacion crítica : solo el Emperador puede salvarla.»

»Desde la paz de Basilea , he conocido que el primer interés de mis pueblos era inseparable de la conservacion de buena intelijencia con la Francia. Ningun sacrificio he omitido para obtener esta importante mira : aun cuando la Francia se hallaba dirigida por gobiernos efimeros , ahogué mis inclinaciones particulares para no escuchar sino la política , y el bien de mis vasallos.»

»Cuando el Emperador hubo restablecido el órden en Francia , se disiparon grandes sobresaltos , y tuve nuevos motivos para mantenerme fiel á mi sistema de alianza. Cuando la Inglaterra declaró la guerra á la Francia , logré felizmente ser neutro , y conservar á mis pueblos los beneficios de la paz. Se apoderó despues de cuatro fragatas mias , y me hizo la guerra aun antes de haberse-la declarado ; y entonces me ví precisado á oponer la fuerza á la fuerza , y las calamidades de la guerra asaltaron á mis vasallos.»

»La España , rodeada de costas , y que debe una gran parte de su prosperidad á sus posesiones

Advertencia á la nota. El autor se equivoca atribuyendo á Napoleon la carta. Por no alterar el testo orijinal , y á ley de traductores , dejamos pasar esta y otras opiniones de que no participamos.

ultramarinas, sufrió con la guerra mas que cualquiera otro estado: la interrupcion del comercio, y todos los estragos que acarrea, aflijeron á mis vasallos, y cierto número de ellos cometió la injusticia de atribuirlos á mis ministros.”

»Tuve al menos la felicidad de verme tranquilo por tierra, y libre de inquietud en cuanto á la integridad de mis provincias, siendo el único de los reyes de Europa que se sostenia en medio de las borrascas de estos últimos tiempos. Aun gozaria de esta tranquilidad sin los consejos que os han desviado del camino recto. Os habeis dejado seducir con demasiada facilidad por el odio que vuestra primera mujer tenia á la Francia, y habeis participado irreflecsivamente de sus injustos resentimientos contra mis ministros, contra vuestra madre y contra mi mismo.”

»Me creí obligado á recordar mis derechos de padre y de rey: os hice arrestar, hallé en vuestros papeles la prueba de vuestro delito: pero al acabar mi carrera, reducido al dolor de ver perecer á mi hijo en un cadalso, me dejé llevar de mi sensibilidad, al ver las lágrimas de vuestra madre. No obstante, mis vasallos estaban ajitados por las prevenciones engañosas de la faccion, de que os habeis declarado caudillo. Desde este instante perdí la tranquilidad de mi vida, y me vi precisado á unir las penas que me causaban los males de mis vasallos, á los pesares que debí á las disensiones de mi misma familia.”

«Se calumniaban mis ministros cerca del Emperador de los franceses, el cual, creyendo que los españoles se separaban de su alianza, y viendo los espíritus ajitados (aun en el seno de mi familia), cubrió bajo varios pretextos mis estados con sus tropas. En cuanto estas ocuparon la ribera derecha del Ebro, y que mostraban tener por objeto mantener la comunicacion con Portugal, tuve la esperanza de que no abandonaría los sentimientos de aprecio y de amistad que siempre me habia dispensado; pero al ver que sus tropas se encaminaban hacia mi capital, conocí la urjencia de reunir mi ejército cerca de mi persona, para presentarme á mi augusto aliado como conviene al rey de las Españas. Hubiera yo aclarado sus dudas, y arreglado mis intereses: di orden á mis tropas de salir de Portugal y de Madrid, y las reuni sobre varios puntos de mi Monarquía, no para abandonar á mis vasallos, sino para sostener dignamente la gloria del trono. Además, mi larga experiencia me daba á conocer que el Emperador de los franceses podia muy bien tener algun deseo conforme á sus intereses, y á la política del vasto sistema del continente, pero que estuviese en contradiccion con los intereses de mi casa. ¿Cual ha sido en estas circunstancias vuestra conducta? El haber introducido el desórden en mi palacio, y amotinado el cuerpo de guardias de corps contra mi persona. Vuestro padre ha sido vuestro prisionero: mi primer ministro, que habia yo criado y

adoptado en mi familia , cubierto de sangre , fue conducido de un calabozo á otro. Habeis desdorado mis canas , y las habeis despojado de una corona poseida con gloria por mis padres , y que habia conservado sin mancha. Os habeis sentado sobre mi trono , y os pusisteis á la disposicion del pueblo de Madrid y de tropas extranjeras que en aquel momento entraban.”

»Ya la conspiracion del Escorial habia obtenido sus miras: los actos de mi administracion eran el objeto del desprecio público. Anciano y agoviado de enfermedades , no he podido sobrellevar esta nueva desgracia. He recurrido al Emperador de los franceses , no como un rey al frente de sus tropas , y en medio de la pompa del trono , sino como un rey infeliz y abandonado. He hallado proteccion y refugio en sus reales : le debo la vida , la de la reina , y la de mi primer ministro. He venido en fin hasta Bayona , y habeis conducido este negocio de manera que todo depende de la mediacion de este gran príncipe.”

»El pensar en recurrir á agitaciones populares , es arruinar la España y conducir á las catástrofes mas horrorosas á vos , á mi reino , á mis vasallos y mi familia. Mi corazon se ha manifestado abiertamente al Emperador : conoce todos los ultrajes que he recibido , y las violencias que se me han hecho , me ha declarado que no os reconocerá jamas por rey , y que el enemigo de su padre no podrá inspirar confianza á los estraños. Me ha mos-

trado además cartas de vuestra mano , que hacen ver claramente vuestro odio á la Francia.”

»En esta situación , mis derechos son claros, y mucho más mis deberes. No derramar la sangre de mis vasallos , no hacer nada al fin de mi carrera que pueda acarrear asolamiento é incendio á la España , reduciéndola á la más horrible miseria. Ciertamente que si fiel á vuestras primeras obligaciones y á los sentimientos de la naturaleza, hubierais desechado los consejos pérfidos, y que constantemente sentado á mi lado para mi defensa, hubierais esperado el curso regular de la naturaleza , que debía señalar vuestro puesto dentro de pocos años , hubiera yo podido conciliar la política y el interés de España con el de todos. Sin duda hace seis meses que las circunstancias han sido críticas; pero por más que lo hayan sido, aun hubiera obtenido de las disposiciones de mis vasallos, de los débiles medios que aun tenía , y de la fuerza moral que hubiera adquirido presentándome dignamente al encuentro de mi aliado, á quien nunca diera motivo alguno de queja, un arreglo que hubiera conciliado los intereses de mis vasallos con los de mi familia. Empero arrancándome la corona , habeis desecho la vuestra , quitándola cuanto tenía de augusta y la hacia sagrada á todo el mundo.”

»Vuestra conducta conmigo , vuestras cartas interceptadas , han puesto una barrera de bronce entre vos y el trono de España ; y no es de vues-

tro interes ni el de la pátria el que pretendais reinar. Guardaos de encender un fuego que causaria inevitablemente vuestra ruina completa , y la desgracia de España.”

»Yo soy rey por el derecho de mis padres: mi abdicacion es el resultado de la fuerza y de la violencia , no tengo pues nada que recibir de vos, ni menos puedo consentir ninguna reunion en junta : nueva y necia sujestion de los hombres sin esperiencia que os acompañan.”

»He reinado para la felicidad de mis vasallos, y no quiero dejarles la guerra civil , los motines, las juntas populares y la revolucion. Todo debe hacerse para el pueblo , y nada por él: olvidar esta mácsima es hacerse cómplice de todos los delitos que le son consiguientes. Me he sacrificado toda mi vida por mis pueblos; y en la edad á que he llegado no haré nada que esté en oposicion con su relijion , su tranquilidad y su dicha. He reinado para ellos; olvidaré todos mis sacrificios : y cuando en fin esté seguro que la relijion de España , la integridad de sus provincias , su independencia y sus privilejios serán conservados , bajaré al sepulcro , perdonándoos la amargura de mis últimos años.”

»Dado en Bayona , en el palacio imperial llamado del gobierno á 2 de mayo de 1808.—Cárlos.”

Esta carta sembró la consternacion entre los amigos de Fernando , y al punto que conocieron el verdadero oríjen de donde habia dimanado

do , perdieron enteramente las esperanzas que hasta entonces habian alimentado. No obstante , Escoiquiz redactó una larga respuesta que firmó Fernando : dirijíase á refutar una por una las acusaciones contenidas contra el príncipe heredero , y á renovar la proposicion de abdicar en favor de su padre , y de administrar el reino en su nombre , si S. M. se negaba á tomar otra vez las riendas del gobierno. Concluia esta respuesta con dos observaciones muy notables , y espresadas en los términos mas enérgicos. La primera se referia á la residencia de Cárlos IV en la Península , y la segunda al proyecto que evidentemente habian concebido de despojar del trono la familia á que pertenecia , para sentar en su silla á un príncipe de la casa de Napoleon. Fernando declaraba que nunca suscribiria á semejante medida sin la aprobacion de todos los que tenian derechos á la corona , y el consentimiento solemne de la nacion española , representada por sus diputados. (Apéndice número 9.)

Mientras que las negociaciones seguian su curso en Bayona , sobrevenian en Madrid acontecimientos , cuyas consecuencias no debian ser de menor importancia. Desde la revolucion de Aranjuez el pueblo de la capital continuaba tomando una parte activa en los negocios públicos : las esperanzas que habian inspirado el arresto del príncipe de la Paz , la procsimidad de las tropas francesas , y la elevacion de Fernando al trono , ha-

bíanse disipado con la proteccion concedida por los franceses al favorito , con su conducta equívoca , y principalmente con el viaje de Bayona , que habia oriinado serios y bien fundados temores. La junta de gobierno vió por otra parte con indignacion , que el duque de Berg queria que reconociese á Cárlos IV por rey , y que sus soldados se conducian mas bien como enemigos que como aliados. Conoció por las primeras noticias que recibió de Bayona , que todo debia temerse de parte de un hombre ambicioso , que habia violado descaradamente las leyes de las naciones y las reglas de la probidad mas comun. Por lo tanto , resolvió consultar á Fernando sobre la conducta que debia observar en tan difíciles circunstancias. Impulsada por tales miras , envió á Bayona á dos personas de su entera confianza , el mariscal de campo don José Zayas y don Evaristo Perez de Castro , para que recibiesen las órdenes de Fernando sobre tres puntos importantes. La junta pedia : primero , que S. M. la autorizase para delegar sus poderes á una ó mas personas sacadas de su seno , ó de fuera de él : segundo , que decidiese si debian ó no comenzar las hostilidades contra la Francia: tercero , y que si queria que se convocaren córtes. El rey encargó la respuesta al jeneral Palafox , reducida , á que estando privado de libertad , y nó pudiendo ejercer en persona su poder , autorizaba á la junta de la manera mas solemne , no solo para obrar en cuerpo , sino tam-

bien para transferir sus facultades á uno ó mas individuos que la representasen , á retirarse al punto que creyese conveniente , y en fin á desempeñar en nombre del monarca todas las funciones de la soberanía. Deseaba que principiases las hostilidades tan luego como fuese internado S. M. en Francia por orden del Emperador , hecho á que únicamente se sujetaria obligado por la fuerza. En tal caso , ordenaba que la junta emplease todos los medios que estuviesen á su disposicion para impedir la entrada de nuevas tropas en la Península. Al propio tiempo , Fernando dió un decreto dirigido al consejo de Castilla , por el que le autorizaba para convocar las córtes en el sitio que le pareciese mas á propósito , y recomendaba que una vez reunidas , se ocupasen de las medidas necesarias para la defensa del reino , despues de lo cual podrian continuar en sesion para arreglar los demas negocios que sobreviniesen.

Semejantes prevenciones llegaron demasiado tarde , porque en el entretanto el príncipe Murat , gran duque de Berg , habia resuelto apoderarse de la autoridad que hasta entonces habia ejercido la junta. El primero de mayo el príncipe Murat escribió al infante D. Antonio , diciéndole que tomase las medidas necesarias para que el infante Don Francisco y la reina de Etruria partiesen al dia siguiente á Bayona , á donde los llamaba el Emperador. Las tropas francesas hicieron al propio tiempo algunos movimientos que denotaban la resolucion de

apoyar con la fuerza una medida que estaba en oposicion directa con los sentimientos del pueblo madrileño. Los habitantes se reunieron al otro dia en número muy grande en la plaza de palacio para presenciar la partida de los augustos personajes. La reina de Etruria subió en el coche y atravesó la inmensa muchedumbre sin encontrar obstáculo alguno; mas á la vista del infante D. Francisco el pueblo no pudo contenerse por mas tiempo y comenzó á dar señales no equivocadas de su agitacion. Varios hombres atrevidos se acercaron al coche y cortaron los tirantes de los caballos; las tropas francesas que componian la escolta hicieron fuego al pueblo, y al momento se levantó en masa la villa de Madrid. Perecieron algunos franceses en las calles, como igualmente muchos españoles asesinados por los invasores, y un número mucho mayor fué fusilado en el Prado, donde los soldados imperiales conducian á cuantos encontraban disparando sin cesar contra ellos (1).

Tales sucesos precursores de un sistema de vio-

(1) Las consecuencias del combate que se dió el 2 de mayo en las calles de Madrid, han sido en extremo escajeradas. El consejo de Castilla en su proclama no cuenta por parte de los españoles sino ciento y cuatro muertos y cincuenta y cuatro heridos; mientras que los franceses perdieron mas de quinientos hombres. Sin duda no fueron estos los que provocaron tan sangrientas escenas que dieran la señal á la guerra.

lencia y de despotismo, esparcieron en un instante por toda España el horror á los franceses y la resolución de declararles una guerra de esterminio. El duque de Berg publicó un decreto en el que se proclamaba presidente de la junta en virtud de las facultades que le habia concedido Cárlos IV, único rey lejítimo de España; y los consejos y las demas autoridades de la capital se sometieron á su decreto.

La ecsasperacion era profunda y jeneral entre los habitantes de Madrid que algunas veces la manifestaban con sus murmullos, aunque otras les impusiese silencio el terror que inspiraba el ejército extranjero preparado siempre para ejecutar con violencia las órdenes de su gefe. Retiráronse á las provincias un sinnúmero de personas llevando consigo y derramando por los pueblos el espíritu de venganza y la esaltacion del patriotismo que habia en sus pechos. El clero que preveia su ruina si los imperiales gobernaban un dia la Península, unió su causa á la de la nacion; el ejército aunque disperso se puso en movimiento, y en la juventud del pais rebosaron el ardor y la indignacion. La relacion de la autoridad producida por la violencia ejercida contra los jefes del Estado comunicó nueva fuerza á las pasiones, y dió á conocer al pueblo sus fuerzas y su importancia. Todo anunciaba la procsimidad de una de las grandes crisis que rejenan ó destruyen los reinos, que los encumbren al pináculo de la gloria y de la independencia, ó

que los sumerjen en el abismo de la esclavitud y del oprobio.

Aunque Napoleon no preveyó la enerjia que debia resultar de tantos elementos de resistencia, esperaba sin embargo encontrar algunas dificultades, y para vencerlas resolvió, enlazando los intereses de su dinastia con los del pueblo en que pretendia reinar, hacer cesar la incertidumbre de los espíritus y revestir de formas legales la mas violenta é inicua de las usurpaciones.

Con este objeto concluyóse en Bayona una convencion el 5 de mayo entre Napoleon, representado por el general Duroc, por una parte, y por otra Cárlos IV, á quien representó el príncipe de la Paz. Por este tratado Cárlos IV cedia al Emperador todos sus derechos al trono de España y de las Indias, con la condicion de mantener la integridad del reino, y de que la relijion católica siguiese siendo la relijion dominante del pais. Anulábase las medidas tomadas contra los españoles que habian contribuido á la revolucion de Aranjuez: se concedia un asilo á Cárlos IV, á su esposa María Luisa, á su familia, al príncipe de la Paz, y á las demas personas de su servidumbre. Cárlos debia durante su vida poseer el palacio de Compiègne, y gozar de una renta anual de treinta millones de reales, inscrita en la lista civil. En caso de sobrevivirle la reina debia cobrar durante el tiempo de su viudez dos millones de reales; señalábase igualmente á los infantes una suma de cuatrocientos

mil francos por año, cediendo á Cárlos el palacio de Chambord.

Napoleon propuso los artículos de este tratado, y el rey Cárlos, María Luisa, Godoy, y los demas individuos de la corte los aceptaron sin repugnancia, sin discusion, y sin la menor enmienda ni mudanza alguna en sus cláusulas. Mas mientras se llenaban las formalidades necesarias para la aprobacion del tratado, llegó á Bayona la noticia de los sucesos ocurridos en Madrid el 2 de mayo. No es facil describir el efecto que produjo en los diferentes personajes que ocupaban entonces aquel recinto, y en los distintos partidos políticos que habia orijinado la marcha de los negocios públicos. El Emperador sintió sus tropas amenazadas, el prestigio de su nombre destruido, y vió nacer terribles dudas sobre el écsito de una empresa que miraba ya como la base principal de su política. Cárlos y su corte conocieron, aunque tarde, el inmenso partido con que contaba Fernando.

Conociendo por esperiencia el caracter español, su tenacidad y su horror á un yugo extranjero, y sabiendo por otra parte los recursos de que podia echar mano la nacion, temieron una guerra cruel é interminable. Fernando y sus amigos confesaron la enorme falta que habian cometido, y las ventajas que hubieran podido sacar de un pais que acababa de despertarse de su estupor, y que parecia dispuesta á recobrar la antigua enerjía.

Napoleon pasó al alojamiento de Cárlos para comunicarle la noticia que acababa de recibir y acelerar el fin de las negociaciones comenzadas, para que su hermano pudiese partir sin dilaciones á sentarse en el trono español, y destruir de este modo para siempre las esperanzas de los que habian tomado las armas por Fernando. Cárlos llamó en el mismo acto á su hijo, y en presencia del Emperador y de la reina le dió en rostro amargamente con los infortunios que su precipitado proceder habia ocasionado: díjole que era el único responsable de la sangre que se habia vertido, y de la que en adelante se derramase en lucha tan desigual. Concluyó mandándole en el tono mas absoluto, que le enviase enseguida su abdicacion pura y simple bajo pena de ser tratado como un conspirador.

Fernando, confuso y ajitado no respondió sino con frases que nada significaban y se retiró al momento: no tardó en escribir al Emperador trasmitiéndole copia de una carta que se proponia dirigir al dia siguiente á su padre, en la que le declaraba que abdicaba la corona. Suplicaba tambien á S. M. I. que le tomase bajo su proteccion, como igualmente á su hermano D. Cárlos, y proveyese á su seguridad personal y á la conservacion de las propiedades de los que le habian acompañado en su viaje. La carta de abdicacion se reducía á cortas líneas: renunciaba la real diadema en favor de su padre para darle esta nueva prueba de su afecto, de su

obediencia y de su sumision , y recomendaba á su induljencia á los que le habian servido desde el 19 de marzo. Fernando envió una copia de la carta á su tio D. Antonio , creyéndole todavía presidente de la junta de Madrid ; y revocaba despues los poderes que le habia dado antes de su salida de la capital de la monarquía , ordenándole que se sometiese á las órdenes de su padre , y recomendando á la nacion que le obedeciese asi como al Emperador Napoleon, cuyo poder y amistad podian solos mantener la independendia de la Península y la integridad de su territorio. Terminaba advirtiendole á la nacion que viviese alerta contra los lazos de *nuestros eternos enemigos* , (los ingleses) evitando la efusion de sangre , y finalmente libertándose de los males que el estado actual de las cosas le acarrearía si continuaba en dejarse guiar por el espíritu de revolucion y de discordia.

Despues de los hechos referidos, Cárlos publicó una proclama en Bayona con fecha de 8 de mayo, dirigida á la nacion española: decia en ella que en las circunstancias estraordinarias en que se encontraba , queria dar una nueva prueba de afecto á sus pueblos , cediendo todos sus derechos á la corona de ambos mundos en favor de su augusto amigo el Emperador de los franceses , y encargándoles que se uniesen estrechamente con aquel monarca, y sobre todo que evitasen los desórdenes y la rebelion. El anciano monarca habia perdido casi del todo sus fuerzas cuando firmó esta proclama , porque los

acontecimientos extraordinarios de los meses anteriores habian causado una impresion funesta en su salud. Su exterior manifestaba claramente el abatimiento y las angustias del espíritu: María Luisa por el contrario parecia rejuvenecida en aquellos dias. Cercábanla de continuo sus cortesanos, y se adornaba con el mayor cuidado colmando de muestras de atencion y de consideraciones al príncipe de la Paz, como si quisiese recompensarle de sus padecimientos en Aranjuez y resarcirle del odio que le profesaba la nacion entera.

Algunos dias despues el Emperador de los franceses y Fernando concluyeron un tratado que firmaron el general Duroc y el canónigo Escoiquiz. Estipulábase allí que el príncipe de Asturias confirmaria la cesion hecha al Emperador por el rey Cárlos de sus derechos á la corona de España y de las Indias, y que Fernando renunciaria por su parte los derechos que reunia á dichas diademas en calidad de príncipe de Asturias: El Emperador le otorgaba el título de alteza real, con el tratamiento y las prerogativas de que gozaban los principes de su rango, y á sus descendientes los de príncipe y alteza serenísima. Concedia y daba en propiedad á Fernando y sus descendientes los palacios, parques, bosques y dominios de Navarra, para que pasasen á falta de hijos sucesivamente á las familias de los infantes D. Cárlos, D. Francisco y Don Antonio, y les señalaba ademas una pension anual de cuatrocientos mil francos, con las mismas con-

diciones de sucesion , y á la que añadía una renta eventual de seiscientos mil francos. Los demas artículos ordenaban el rango , los honores y el tratamiento de los señores infantes , etc. (1).

(1) Diez y seis años han trascurido , cuando esto se escribe, desde que acontecieron los memorables sucesos de Bayona , y está ya pronunciado el juicio sobre la conducta de Napoleon. El mismo Emperador ha consignado en el *diario de santa Elena* una especie de manifiesto justificativo. Había sacado frecuentemente partido de la credulidad de la masa de los hombres, y parecía contar aun con ella ; mas los tiempos eran distintos y el prestigio se había desvanecido. Copiaremos para que los ecsaminen nuestros lectores algunos trozos de este singular discurso : nuestras observaciones serán cortas , y quizás innecesarias.

Habla el Emperador.

„Me abrumaron entonces con cargos que no merecía: la historia me defenderá. Me acusaron en este negocio de perfidia , de asechanzas y de mala fé , etc , y todo era falso. Nunca , aunque lo hayan dicho , falté á la fé , ni violé palabras dadas , mucho mas á España que á otra potencia alguna.

„Algun día se sabrá con certidumbre que en los grandes negocios de España permanecí enteramente extraño á las intrigas interiores de su corte; que no falté á la palabra , ni á Carlos IV, ni á Fernando VII; que no quebranté empeño alguno ni con el padre ni con el hijo: que no empleé la mentira para atraerlos á Bayona, sino que ambos corrieron á aquella ciudad en solicitud y acecho el uno del otro. Cuando los ví á mis plantas, cuando pude juzgar por mi mismo de su incapacidad,

Fernando y su hermano D. Cárlos que no se habian separado desde su encuentro en Bayona, como igualmente su tio D. Antonio que acababa de llegar de Madrid, permanecieron estrechamente unidos, y obtuvieron de Napoleon la promesa de que nunca se separarian. Los tres mencionados personajes se hallaban tan profundamente convencidos de la imposibilidad de volver á entrar en Es-

me compadecí de la suerte de una nacion numerosa, y así de los cabellos la ocasion única que me presentaba la fortuna de rejenerar la España, arrebatár su influencia á la Inglaterra, y unirla íntimamente á nuestro sistema. A mi modo de ver, esto era poner una de las bases fundamentales al reposo y á la seguridad de Europa. Mas léjos de emplear ignobles y miserables rodeos, como se ha dicho, si falté, fué al contrario por una osada franqueza y un esceso de enerjía. Bayona no sirvió de teatro á una alevosía, sino á un golpe de Estado..." (Memorial de santa Elena en 12º, tomo 4º, pág. 237).

Los proyectos de Napoleon fechaban de antiguo, y el mismo Emperador lo confiesa en su conversacion con Escoiquiz, y por otra parte todo lo demuestra. La proclama del príncipe de la Paz durante la guerra de Prusia, le habia probado, decia, que los Borbones de España serian siempre sus enemigos encubiertos. En virtud del convenio de Fontainebleau habia enviado tropas á España sin ocuparse de la ejecucion de otros artículos del tratado: parte del ejército español habia sido enviado á Alemania, y habia tomado medidas para asegurarse de sus inteligencias en América. Todo en fin probaba la premeditacion mas fria y mas calculada. Y

paña , y de la falta de enerjía y de luces en el gobierno de su patria , que se conformaron con su suerte con una facilidad y una presteza admirables. En todas sus conversaciones, sea entre sí , sea con los que los rodeaban , y con algunos españoles de distincion que se encontraban á la sazón en Bayona , manifestaron la buena fé mas perfecta , una sincera admiracion por el Emperador de los franceses, y la mas ciega confianza en su apoyo y en

no habia ni perfidia ni asechanzas! Y el viaje de Savary á Madrid , sus protestas en nombre de Napoleon, de reconocer por rey á Fernando : la fuerza indirecta y las falacias empleadas para hacerle llegar á Bayona: las amenazas de que se valieron en seguida para obtener la abdicacion forzada de Fernando : la violencia hecha al duque del Infantado para obligarle á reconocer al rey José en nombre de los grandes de España , ¿qué son? Estos hechos y otros muchos que no admiten dudas, nos dan derecho para afirmar que hubo perfidia y asechanzas.

El Emperador pretende que todo pasó amigablemente , y en seguida nos dice : „El príncipe de Asturias no resistió *de una manera extraordinaria* sin que se empleasen contra su persona ni la violencia ni las amenazas : y si el miedo le decidió, como creo, á él debe darse la culpa.”

En resúmen, M. de Las-Cases pone en boca de Napoleon: „Me atreví á descargar el golpe desde las nubes: quise obrar como la Providencia.”

El enemigo mas encarnizado del Emperador no hubiera escrito con mas acierto su acusacion.

sus promesas. Mostraban al propio tiempo una tranquilidad y una fuerza de alma, que en otros hombres hubieran podido atribuirse al esfuerzo mas sublime de la razon y de la filosofía.

Hechos positivos y notorios no dejan duda sobre esta disposicion del espíritu de Fernando: para preveer las consecuencias de las órdenes secretas que habia dado á la junta, y cuyo contenido era enteramente opuesto á los tratados que acababa de firmar, despachó en secreto á D. Evaristo Perez de Castro para que las revocase. Encargaba á los individuos de la junta, que se sometieran al nuevo estado de cosas que se preparaba, que no continuasen en una resistencia inútil y que debia tener funestos resultados. Envió tambien á Aragon al marqués de Lazan para que se avistase con su hermano D. José Palafox, y le irdujese á romper las medidas que habia adoptado para sublevar la provincia aragonesa contra los franceses. Ambas misiones produjeron efectos muy distintos: la junta presidida por el duque de Berg, cedió á las circunstancias, y convirtiósese en instrumento dócil de las miras políticas del Emperador. Palafox por el contrario no abandonó sus nobles designios; y el impulso y entusiasmo que comunicó á los aragoneses se manifestó con el tiempo en la heróica defensa de Zaragoza, que la historia ha colocado al lado de las mas brillantes hazañas de los tiempos antiguos y modernos.

El 11 de mayo, Fernando y los dos infantes,

acompañados de una comitiva poco numerosa, compuesta mas bien de amigos íntimos que de cortesanos, tomaron el camino de Valencey, y alojáronse en una casa de campo magnífica, perteneciente al príncipe de Talleyrand, que solicitó el honor de dar alojamiento á tan ilustres personajes (1).

Al dia siguiente detuviéronse en Burdeos, y los príncipes aprovecharon este momento para hacer un nuevo esfuerzo con el fin de asegurar la tranquilidad de España.

Guiados por tales intentos, publicaron una proclama, en la que declaraban que llenos de reconocimiento á la fidelidad y al afecto que el pueblo español les habia testificado, veían con el mas profundo pesar á la nacion prócsima á precipitarse en el desórden, y amenazada por los mayores infortunios. Constábales, segun decian, que tales desgracias nacerian de la ignorancia en que estaba el pueblo de los motivos que habian impulsado á sus altezas reales y serenísimas para obrar como habian obrado, y de los proyectos que se habian trazado ya para la felicidad de los españoles. Por esta razon miraban como un deber sagrado darles saludables consejos para remover cuantos obstáculos pudiesen oponerse á su ejecucion. Sus al-

(1) *Nota de la edicion francesa.* Es falso que lo solicitase el príncipe de Talleyrand.

tezas reales y serenísimas habiáanse visto en la necesidad de elegir entre varias medidas la que menos males produjese , es decir, el viaje á Bayona. Fernando despues de su llegada á esta ciudad , habia sabido que su padre protestaba contra la abdicacion de Aranjuez : su respeto filial le habia inducido á restituir el cetro al rey Cárlos , quien lo habia puesto en manos del Emperador de los franceses , para que S. M. I. atendiendo al interés de la nacion española , nombrase una persona que lo empuñase. En este estado de los negocios , sus altezas reales y serenísimas consideraban las tentativas hechas por el pueblo ibero , no solo como inútiles , sino tambien como injuriosas , tendiendo á la efusion de sangre y á la pérdida segura de varias provincias de la Península , como tambien á la emancipacion de las colonias de ultramar. El medio menos dudoso que habian encontrado sus altezas reales y serenísimas de evitar tamaños infortunios , era suscribir á la renuncia que habia hecho Cárlos IV de sus derechos al trono de España ; porque en este caso el Emperador de los franceses se hallaba obligado á sostener la independendencia absoluta de la Península , y la integridad del reino y de sus colonias. Veríase igualmente precisado á mantener la unidad de la relijion católica , las propiedades , las leyes y las costumbres del pais. Sus altezas reales y serenísimas habian sacrificado al bien jeneral sus intereses personales , consintiendo en esta cesion sin restriccion alguna. Redimian á

los españoles de cuantas obligaciones habian contraído con sus altezas, y los escortaban á que se ocupasen únicamente de los intereses jenerales de su patria, permaneciendo sumisos y aguardando el complemento de su ventura, de la sabiduría y del poder del Emperador Napoleon. Concluían declarando que los españoles no podian dar una prueba mayor de fidelidad á sus altezas, que el someterse á los referidos tratados, ya que los infantes les habian dado el testimonio mas auténtico de su afecto paternal haciendo el sacrificio de sus derechos y de sus intereses personales á la felicidad de su pais. Con motivo de su renuncia el duque del Infantado en un discurso de ceremonia reconoció al rey José I en nombre de los grandes de España (1).

(1) El duque del Infantado pasó su primera juventud en Francia, y en 1793 levantó un rejimiento á sus expensas y sirvió en Cataluña. Declaróse desde el principio contra Godoy, y fué uno de los apoyos del partido de Fernando. En Bayona vióse obligado á pronunciar en nombre de los grandes de España un discurso que debia contener el reconocimiento formal del rey José, y el duque procuró eludir el compromiso no pronunciando, sino frases insignificantes. El Emperador que no realizaba sus proyectos con palabras, no se contentaba con arengas llenas de ternura y de esperanza, y así acalorado se encolerizó contra el duque: del salon inmediato se oian distintamente todas sus palabras: „No es permitido tergiversar, caballero: ó reconocer francamente ó rehusar del mismo modo el reconocimiento.

Fernando y su comitiva llegaron á Valencey el 18 de mayo , y el príncipe y la princesa de Be- navento los recibieron al apearse del coche y los introdujeron en el palacio, que desde aquel dia se convirtió en una especie de plaza fuerte, guardada por una guarnicion numerosa y mandada por un jefe militar. Los príncipes desde el momento de su llegada conocieron que no se ejecutaría muy fiel- mente el tratado de Bayona; que el palacio que habitaban seria en adelante su morada; y que sola- mente serian considerados como simples indivi- duos , y alejados para siempre de los negocios pú-

¿Quiere usted regresar á España y ponerse á la cabeza de los sublevados? Doy á usted mi palabra de que lle- gará con seguridad: pero no lo niego, usted hará de modo que será fusilado dentro de ocho dias;.... no,.... dentro de veinte y cuatro horas.' El duque no parecia seducido por la oferta del salvo- conducto, y habiendo vuelto Napoleon á la carga triunfó, y plegóse el duque á su voluntad. De aquí resultó el discurso que se en- cuentra en el *Monitor* de 18 de junio de 1808. (*Véase la obra de M. de Pradt.*) Aceptó el mando de un reji- miento de la guardia real del rey José, mas luego que entró en España se unió á los patriotas, y Napoleon le hizo condenar á muerte por contumaz. Mandó una di- vision del ejército y solo esperimentó reveses: enviá- ronle á Londres en calidad de embajador, y mas tarde fué nombrado presidente del consejo de rejencia. Fué uno de los primeros que abandonaron las cortes, y en 1814 llenaba las altas funciones de presidente del con- sejo de Castilla.

blicos. Con este convencimiento adoptaron un jénero de vida conforme con sus inclinaciones y su situacion actual. Los deberes relijiosos ocupaban una gran parte de la mañana; la lectura, el paseo, las conversaciones con algunos habitantes de los contornos, el teatro y otras diversiones llenaban el resto del dia.

Poco tiempo despues de su llegada, Fernando la participó al Emperador en una carta muy respetuosa: escribióle otra vez pasados algunos dias, felicitándole en su nombre y en el de su hermano y de su tio por la instalacion del rey José en el trono de las Españas. Era imposible, segun decia, haber colocado al frente de esta nacion un monarca á quien sus virtudes hiciesen mas propio para labrar la dicha de sus dignos ciudadanos. Fernando añadia que deseaba ardientemente verse honrado con la amistad de aquel príncipe, y suplicaba á S. M. I. que le comunicase su carta. Los que componian la comitiva de Fernando escribieron el mismo dia al rey José, diciéndole que la voz pública les habia revelado su ascenso al sόlio español; y que deseando someterse á las leyes de su pais, y considerando como un deber sagrado el conformarse con el sistema adoptado por la nacion, se apresuraban á presentar á S. M. el homenaje de su adhesion y de su respeto. Ofrecian servirle con el mismo celo que al gobierno anterior, y le rogaban que les permitiese permanecer al lado de los príncipes, á cuyo servicio habian estado hasta enton-

ces , sin perder por eso el caracter de fieles vasallos de S. M. C. , prontos á obedecer á sus menores mandatos. Regocijábanse al ver la nacion española en vísperas de ser feliz para siempre bajo las leyes de un monarca tan justo , tan humano y tan grande en todos conceptos : concluian dirijiendo á Dios los mas fervientes ruegos por el cumplimiento de sus esperanzas y la conservacion de S. M. durante una larga serie de años (1).

Napoleon respondió á la carta de Fernando , y entró en algunos pormenores sobre su nueva situacion bajo el punto de vista económico. Mucho lisonjé al príncipe semejante correspondencia, y así es que no olvidó ninguna ocasion de continuarla, y que llenó sus cartas de las espresiones de su admiracion , de su entusiasmo y de su afecto. El 28 de julio de 1809 pidió al Emperador permiso para correr á su encuentro cuando regresase de Italia , para tener de este modo la satisfaccion de renovar personalmente sus homenajes. El 6 de agosto del mismo año 1809 le felicitó en los términos mas respetuosos por las victorias con que la Providencia coronaba sus armas; y el 21 de agosto de 1810 despues de haber dado gracias al Emperador como un hijo reconocido por los benefi-

(1) Titulábase este documento : *Acto de obediencia y juramento de fidelidad al rey José I* de los señores duques de san Carlos , D. Juan Escoiquiz , el marqués de Ayerbe , D. Pedro Macanaz y otros.

cios de que le habia colmado , le aseguró que su conducta no desmentiria nunca sus sentimientos, y que jamás faltaria á la ciega obediencia que debia á la voluntad y á las órdenes del monarca que empuñaba el cetro de las Tullerías. (Apéndice número 10).

De hecho , su conducta parecia en un todo conforme con su lenguaje, y lejos de atestiguar algun pesar por la pérdida de un trono tan glorioso como el de España , y de conservar la mas leve esperanza de recobrarlo un dia , manifestaba en sus acciones que habia renunciado completamente á ellas; que se sometia á los decretos de la Providencia , y que habia tomado el jeneroso acuerdo de sacrificar sus intereses personales á la ventura y á la gloria nacional. Esta tranquilidad de espíritu ejerció suma influencia sobre todos sus actos, y jamás habia disfrutado dias tan serenos , ni nunca habia vivido mas libre de las pasiones y de los disgustos que le habian perseguido tantos años; y su alma desembarazada de los pesares pasados y de los temores futuros, se entregó toda entera al ejercicio de la beneficencia. Los pobres del departamento estaban seguros de encontrar en Valencey consuelo á sus padecimientos. La anecdota siguiente prueba que Fernando habia adquirido cierta elevacion de ánimo , que rara vez se encuentra en las personas que han experimentado grandes infortunios y un cambio tan repentino de situacion.

Al pasar por Vitoria , Fernando recibió en el

número de sus criados á un sugeto llamado Ame-
zaga , que Escoiquiz le recomendó como pariente
suyo , aunque en grado remoto. Durante la per-
manencia de la córte en Bayona , Amezaga se ven-
dió enteramente á la policia francesa , y al punto
que los príncipes llegaron á Valencey , obtuvo del
gobierno frances el nombramiento de intendente
del palacio. En el desempeño de su destino , con-
dújose con Fernando mas bien como un carcelero
y un tirano que como un criado : trazóle en el to-
no mas imperioso el plan de vida que debia seguir;
señalóle los límites de los paseos y las diversiones
á que podia entregarse. Descendia igualmente á las
particularidades mas minuciosas y despreciables;
y tanto rigor , unido al modo duro y poco res-
petuoso con que se portaba , irritaron al ilustre cau-
tivo y le incitaron á quejarse amargamente á Na-
poleon de un tratamiento tan cruel. Napoleon in-
dignóse justamente ; destituyó en el acto á Ame-
zaga de su empleo y lo desterró á otro departa-
mento. Sin embargo , sabiendo Fernando que ca-
recia de medios de subsistencia , le mandó dar
antes de su partida una suma suficiente para que
pudiese comprar algun terreno.

No obstante cuanto acabamos de decir de las
inocentes ocupaciones de Fernando y de su nul-
dad política durante su estancia en Valencey , no
dejaba Napoleon de concebir temores por su segu-
ridad , y la policia le vijilaba con el mayor cuida-
do. Una mujer que conservaba los vestijios de su

belleza, y que de la clase mas humilde de la sociedad habia subido á un rango elevado, adquiriendo en su nuevo estado sumo talento para la intriga, tomó á su cargo la empresa de inspirar á Fernando las pasiones naturales en su edad, y que conducen ordinariamente á una confianza ilimitada con la persona que es el objeto del culto. Fernando rechazó sus seducciones con nobleza y dignidad: mas el duque de ** cayó en el lazo tendido á su amo, y cedió á las insinuaciones de la astuta cortesana. No obstante, los secretos que le confió, aunque sinceros, eran tan insignificantes que únicamente sirvieron para confirmar al Emperador en la idea que del carácter de Fernando habia formado algun tiempo hacia.

La importancia que se daba al nombre del príncipe cautivo en la lucha que se habia empeñado en la Península, era uno de los agentes mas poderosos en tan memorable crisis. Mientras que los españoles combatian por la libertad de su monarca lejítimo, despojado de sus derechos por la violencia, y arrancado á sus estados por los medios mas pérfidos, la política inglesa señalaba entre las causas que la obligaban á hacer la guerra á la Francia, el ultraje cometido contra la dignidad real, y el golpe descargado en la persona de Fernando contra la seguridad de los tronos en jeneral. Su nombre habíase convertido en el grito de guerra de ambas naciones, y el gabinete de Saint-James estaba íntimamente convencido de la im-

portancia que adquirirían los derechos que los españoles defendían , si conseguían que Fernando entrase en el seno de sus estados. Si este príncipe fuese arrancado de las manos de Napoleon y colocado en una situación donde pudiese expresar altamente sus verdaderos sentimientos , no podía menos de manifestar á los ojos de la Europa entera la violencia ejercida contra su persona , protestando contra semejante acto de tiranía y representando á Napoleon como un osado usurpador , para quien ninguna cosa era sagrada , cuando había resuelto ejecutar los planes que le dictaba su ambición desmesurada. Fácil era de este modo irritar á los soberanos del continente, inspirarles temores , sacarles del estado de pasiva sumisión y descargar de este modo un golpe de muerte sobre el poder continental de la Francia. Grandes dificultades presentaba la empresa ; sin embargo , encontraron una persona que se encargó de realizarla : era este el baron de Kolli (1) , natural de

(1) *Nota de la edición francesa.* El baron de Kolli, despues de escrita esta obra , publicó una memoria sobre tan interesante episodio , de la vida de Fernando. Los detalles que contiene están en contradicción en algunos puntos con la relación de nuestro autor , que ha seguido al pie de la letra el texto de los partes publicados en el *Monitor* , periódico oficial. Si las memorias de Kolli contienen asertos muy atrevidos , tambien es digno de observarse que hasta

Irlanda, acostumbrado á desempeñar misiones secretas y peligrosas, y muy astuto para encontrar los medios de plantificarlas. Protejido y recomendado por el duque de Kent, el baron espuso sus ideas á los ministros ingleses y obtuvo su aprobacion; porque sus medidas parecian tan bien tomadas y sus cálculos tan infalibles, que los ministros pusieron á su disposicion todos los medios que pidió, tanto en dinero como en letras de cambio y diamantes. Una escuadra inglesa que debia cruzar por las costas de Francia, fue puesta á sus ordenes para trasportar á Fernando: tambien obtuvo el título de embajador de Inglaterra cerca del príncipe cautivo. Sus credenciales consistian en una carta autógrafa en latin, de Cárlos IV á Jórje III, escrita en 9 de setiembre de 1802, que anunciaba el matrimonio de su hijo Fernando con la princesa Maria Antonia de Austria: en una copia de los poderes del embajador ingles Sir Enrique Wellesley, cerca del gobierno de Fernando

el dia no han sido desmentidas formalmente. Por otra parte, el baron se apoya en documentos oficiales, cuya autenticidad ninguno ha puesto en duda.

Kolli es un hombre astuto, y segun su propio dicho, apenas podríamos creer que el ministerio ingles hubiese escojido tal ajente para llenar una mision tan delicada y tan difícil, sino nos constase que de treinta años á esta parte, aquel gabinete se ha servido siempre de hombres semejantes en el continente. Ko-

VII, escritos en latin; y en una carta de Jorje III al príncipe, en la que le daba las mayores seguridades de su amistad, le recordaba los esfuerzos que la Gran Bretaña habia hecho en favor de España,

Illi, dice, que hacia ya tiempo que desempeñaba misiones secretas, y que lord Wellesley le habia dado la singular recompensa de *un sable de honor*. Hallábase en Amberes cuando le encargaron poner en libertad á Fernando, y para ocurrir á los gastos del proyecto y su ejecucion, remitieronle diamantes en valor de mas de doscientos mil francos. Esperaba el momento de partir á Inglaterra, cuando trabó amistad con Mr. Alberto de Saint-B**, cuya fisonomía dulce y llena de franqueza le inspiró desde luego una confianza sin límites. Nombróle su secretario y le presentó en calidad de tal al duque de Kent, al marques de Wellesley y al almirante Cockburn. Verificáronse algunas citas misteriosas con estos personajes, y pasado algun tiempo, el baron se llenó de admiracion al ver que la policia francesa estaba enteramente instruida de los pormenores de tales conferencias. Kolli partió en fin cargado de diamantes, con pasaporte falso, falsos itinerarios, vasos y ornamentos de iglesia, y acompañado de un sacerdote para celebrar la misa. Habíase provisto igualmente de instrumentos de astronomía para entretenimiento del monarca: y llegado á la bahia de Quiberon, encontró otro baron emisario llamado Ferriet, que le propuso el asesinato de Napoleon. No aprobó Kolli la propuesta y desconfiando de su cofrade, cometió no obstante la imprudencia de descubrirle el motivo de su viaje. Ferriet desembarcó el primero y se

y suplicaba á Fernando tomase las medidas mas acertadas y eficaces para volver á entrar en su reino.

El baron frustró la vijilancia de la policia fran-

apresuró á comunicar á la policia de Paris las luces que acababa de adquirir: el baron y su amigo Alberto saltaron á tierra y comenzaron su peregrinaje á Valencey. La noche era oscura, los caminos dificultosos, y el secretario declaró que no le era posible pasar adelante: Kolli le hizo beber inútilmente un vaso de vino de Madera, se despidió con el mas vivo pesar y le entregó diamantes en valor de veinticinco mil francos; y la primera persona que encontró en la cabaña donde se paró fue Alberto, sentado tranquilamente al fuego.

El secretario se le reune para dejarle de nuevo, y cuando el baron fue arrestado Alberto continuó en libertad. Sea lo que fuere, cada vez que su pluma traza el nombre de Alberto, manifiesta tanta sensibilidad que el lector no sabe que pensar.

Kolli se dirige en seguida á reconocer el palacio de Valencey y comete toda clase de imprudencias, propias para despertar la atencion de las autoridades: habia dejado en diferentes puntos caballos de mano y carruajes con las cortinas corridas. Toma luego el camino de Paris, se une al señor Richard, á quien confia su secreto, porque Richard hablaba en favor de los Borbones, y decia haber sido herido en la guerra de la Vendée. En fin, en la mañana del 24 de marzo le entrega dosmil setecientos francos para hacer los preparativos del viaje, y algunos momentos despues, el referido Richard abre la puerta á once

cesa hasta su llegada á Paris; mas luego que pisó la capital del imperio fue descubierto y arrestado. Apoderóse la policia de sus papeles y de otros efectos, y encerráronle en el castillo de Vincennes,

agentes de policia que se apoderan de la persona del baron. No se hizo de rogar para declarar cuanto sabia, mucho mas cuanto no tardó en conocer que no podia decir nada nuevo á la policia: propusiéronle que siguiese desempeñando su papel, con la seguridad de que conservaria para sí las riquezas de que venia cargado: negóse el baron y fue sepultado en un calabozo del castillo de Vincennes. El asunto tomó desde entonces un jiro enteramente oblicuo: Fouché encargó á Richard que remedase la persona de Kolli y se trasladase á Valencey. Debia procurar hacer entrar á Fernando en sus miras para que cayese en tan horrible lazo. Confiamos en honor de la especie humana, que las instrucciones dadas á Richard por el duque de Otranto, y que se encuentran en las memorias de Kolli que analizamos, son apócrifas. Entre otros pasajes curiosos copiamos los siguientes.

»Descubrirá á Fernando los medios conque cuenta para facilitar su fuga y conducirlo á las costas de Normandía, donde le espera la armada. Insistirá en que el príncipe parta solo, ó cuanto mas acompañado de una sola persona: en uno y otro caso el gobernador le dará dos ó tres hombres de su confianza que pasarán por agentes suyos. Si es necesario favorecerá la fuga por medio de órdenes falsas, que el gobernador tendrá cuidado de suministrarle, &c.»

»En vez de conducir al príncipe á la costa, será

donde permaneció hasta la entrada de los aliados: el gobierno frances quiso valerse de este descubrimiento.

Con este objeto enviaron á Valencey un falso

encaminado directamente al castillo de Vincennes, &c.”

El falso baron debía ponerse de acuerdo con M. de Berthemý sobre los pormenores de la ejecucion: si hemos de dar crédito á Kolli, el emisario no conociendo personalmente á Fernando, se dirijió equivocadamente á su tio don Antonio que avisó al instante al gobernador, y la policia suplantó una carta de Fernando para dar á entender que estaba satisfecho de su suerte.

Por mas estraordinaria que parezca esta relacion, lo es aun mas el certificado dado á Kolli por el duque de Otranto en 1814.

»El duque de Otranto certifica, que el baron de Kolli, encargado de una mision del gobierno ingles cerca del rey Fernando VII, ha hecho cuanto ha estado de su parte para desempeñarla con celo, honor y fidelidad; que el arresto del baron estorbó solamente su ida á Valencey; que fue enviado en su nombre un sujeto llamado Richard; y que los efectos, la plata y los diamantes de Kolli quedaron depositados en el ministerio de la policia jeneral. El duque de Otranto certifica por otra parte, que cuanto se ha impreso relativo al baron y á su mision, es una fábula inventada para ocultar la verdad. El duque de Otranto se ha propuesto no hacer público este negocio, y enviar á Kolli al marques de Wellesley, para darle un nuevo testimonio de su consideracion.”

»Firmado el duque de Otranto.”

baron de Kolli, para persuadir á Fernando que se escapase del palacio y se refugiase en la escuadra inglesa que le esperaba. Lejos de consentir el príncipe en lo que le proponian, se negó abierta-

»Paris 20 de mayo de 1814.»

Nos abstenemos de manifestar nuestra opinion sobre la autenticidad de este relato impuro, advirtiendo no obstante, que el señor Richard afirma bajo juramento, que tales eran sus instrucciones, cuyos originales dice Kolli poseer.

El resto de las memorias se parece en extremo á las del baron de Trenck. El pobre Kolli conoció pronto que era mas fácil hacerse encerrar en Vincennes que procurarse la salida, y sus esfuerzos, durante cuatro años, para romper los hierros de su prision pueden compararse con los del prisionero de Magdeburgo. A semejanza de este, abre paso á la luz por entre las murallas, despues de haberse arrancado no sin dolor una barba de diez meses. Esto no impide que le prendan en los fosos del castillo, no obstante de haber burlado la vijilancia de dos grandes perros, cuyo afecto se habia conciliado arrojándoles de tiempo en tiempo una parte de su comida. Aumentáronse entonces los rigores de su cautiverio; su espíritu se abatió, y abrióse algunas heridas con unas tijeras. Su irritacion subió á tal punto, que habiéndole cierto dia hecho esperar la comida un carcelero, el baron le dejó moribundo con un golpe de tronco. Semejante desgracia puso el colmo á su ajitacion, y atormentáronle por mucho tiempo horribles ensueños.

Los aliados se acercaban á Vincennes, y la hora